

lumnas rompían la línea y atacaban por la retaguardia una fuerza que quedó prisionera. La guarnición se retiró entonces á los cerros de Loreto y Guadalupe, rindiéndose el día 4 al caudillo vencedor, por no ser ya posible la defensa. Al verificarse la toma de la plaza y en medio del fragor de la contienda, fueron fusilados varios de los oficiales imperialistas que cayeron prisioneros, entre ellos D. Febrino Quijano y D. Mariano Trujeque; pero calmado el primer arrebato, el General Díaz trató con mucha humanidad á los jefes que sin condición se habían sometido, concediéndoles su libertad, y exigiéndoles sólo que se pusieran á disposición del Supremo Gobierno si así lo ordenaba.

«No obstante la noticia de la toma de Puebla, Márquez avanzó el 3 á la Hacienda de Guadalupe, en donde se detuvo ocupando las alturas inmediatas. Sin saber á qué atenerse, pues ninguno de los correos enviados para adquirir informes ciertos había regresado, celebró una junta con los principales jefes para ver si convenía continuar á Puebla ó contramarchar á México.

«El 5 siguió la columna á la Hacienda de San Diego Notario, en donde retrocedió el 6, adoptando ya la idea de volver á la capital; pero apenas había andado una legua cuando vió acometida su retaguardia por una fuerza republicana de dos mil hombres. Márquez que disponía de un número mayor de tropas, se defendió con buen éxito, pero al llegar á la Hacienda de (Sotoluca) Tochac tuvo que sostener un nuevo ataque dado por la caballería que formaba la vanguardia del Ejército de Oriente. El 7 continuó su retirada la división imperialista yendo á pernoctar en la Hacienda de la Luz, y el 8 en la mañana, al llegar á Sotoluca se encontró con una fuerza de infantería y caballería á las órdenes de D. Jesús Lalanne, que se había movido de Tepeji del Río para detenerla, dando lugar á que se avistasen la tropas que venían en su persecución.

«Márquez, sin embargo, logró abrirse paso; pero dos horas después de haber llegado á la Hacienda de San Lorenzo, sufriendo su vanguardia los tiroteos de la fuerza de Lalanne, apareció el grueso del ejército republicano. Los imperialistas se pusieron luego en actitud de resistir; mas el General Díaz permaneció á la vista de la caballería, que al mando de Guadarrama había enviado Escobedo para impedir que Márquez volviera á Querétaro. Así se pasó todo el día 9; y al notar el jefe imperialista en la tarde de ese día el aumento de fuerzas enemigas, que tomando excelentes posiciones hacían indefectible su derrota, resolvió continuar la retirada por el camino de Texcoco á cuyo fin salió á media noche el Coronel Wickemburg con una compañía de húsares, que pudo cruzar una barranca en medio de los fuegos enemigos, llegando á México en la mañana del día 10. Entre tanto el Teniente coronel Kevenhüller, que seguía á Wickemburg con el regimiento de húsares, retrocedió á San Lorenzo, en la creencia de que la compañía que iba de vanguardia

hubiese sido destrozada. Entonces Márquez emprendió la marcha á las cuatro de la mañana del día 10 por el camino de Calpulalpam, al mismo tiempo que avanzaban las municiones por el de Otumba. No tardó en ser reconocido de los republicanos aquel movimiento, é inmediatamente se desprendieron escalonadas las caballerías de Guadarrama en pos de los fugitivos, á quienes alcanzaron cerca de Calpulalpam, en los momentos de pasar una barranca, en donde Márquez arrojó toda su artillería y municiones.

«Cortados los batallones de Ixmiquilpan y Tlalpam, que formaba la retaguardia del ejército imperialista, el resto, harto mermado ya, siguió constantemente hostilizado hasta un pueblecillo cerca de Texcoco, de donde se adelantó Márquez, dejando el mando al Coronel Arrieta, y presentándose acompañado de unos cuantos á las puertas de la Capital, en la noche del 11. Entre tanto la columna continuó su marcha sin detenerse, y el 12 al medio día entró en México con un efectivo de mil y tantos hombres sin artillería ni municiones. El resultado de la expedición no podía haber sido más desastroso; el imperio había perdido su última carta, y no era ya posible abrigar la más ligera ilusión de que prolongase su precaria existencia. Quedaban sin embargo por representar las últimas escenas de aquel drama sangriento, pues parece que el partido conservador se había propuesto dejar un último inequívoco testimonio de sus rencores implacables y de su absoluta impotencia.»

Antes de publicar los partes oficiales que se refieren á tan brillantes hechos de armas, así como las listas en que constan los nombres de los valientes asaltantes, conveniente me parece reproducir el juicio histórico y conmemorativo que el Sr. General Sóstenes Rocha publicó en el periódico *El Combate*, número 57, correspondiente al día 1º de Abril de 1888.

La galanura del estilo y la sencillez con que está redactado, sin omitir detalles importantes, reclaman la atención de la posteridad, que será el juez incorruptible de este proceso de sangre, de este espantoso crimen, y de la vergonzosa conducta de los infidentes á la patria.

«Entre los brillantes hechos de armas que tuvieron lugar en la época de la gloriosa guerra de Intervención, debemos mencionar con orgullo el asalto dado por fuerzas republicanas del Cuerpo de

Ejército de Oriente, á las órdenes del ilustre General Porfirio Díaz, á la plaza de Puebla, defendida por tropas imperialistas, el 2 de Abril de 1867; pues tanto las condiciones en que relativamente se encontraban las fuerzas beligerantes y lo fuerte de la plaza, como lo peligroso y difícil del combate de calles, imprimían á la operación un carácter sumamente delicado, de tal manera, que la más mínima vacilación, la falta de energía y arrojo de algunos de los jefes de columna, ó la menor muestra de impericia del General, podían haber dado lugar á una catástrofe. La guarnición contaba con tres mil hombres, número poco más ó menos igual al de las fuerzas asaltantes; pero el número de sus cañones, de sus municiones y de todos los elementos de defensa, eran superiores á los que las tropas republicanas contaban para el ataque. Tenían éstas, sin embargo, la ventaja preciosísima de estar animadas por el más acendrado patriotismo, de contar entre sus filas valientes Jefes y Oficiales, y de tener á la cabeza un Jefe ya laureado en cien combates, y cuya pericia y valor, era la prenda más segura de la victoria.

“Examinando la operación desde el doble punto de vista de la estrategia y de la táctica, observaremos fácilmente que fué llevada á cabo sin apartarse un solo punto de las reglas prescritas por estas dos partes fundamentales de la ciencia de la guerra.

\* \* \*

“En efecto, la situación estratégica del Sr. General Díaz, que con el Cuerpo de Ejército de su mando sitiaba en regla la plaza de Puebla en los últimos días de Marzo de 1867, era muy delicada. El traidor Márquez, á la cabeza de una respetable división de caballería de línea y aprovechándose de la profunda oscuridad de la noche, había logrado evadirse de la plaza de Querétaro, sitiada por los Ejércitos republicanos del Norte y de Occidente, durante los primeros días del sitio y cuando aún no se cerraba sobre la plaza la línea de contravalación. Dicho Jefe imperialista se dirigió rápidamente á la plaza de México, con objeto de recoger la mayor parte de las tropas que la guarnecían, organizar allí otras nuevas con que dejarla cubierta, y luego contramarchar con rapidez en auxilio de Querétaro. Pero las circunstancias de la guerra, que como todos los militares saben, varían á cada momento, lo hicieron cambiar de plan. Supo al llegar á México que el General Díaz sitiaba en toda regla la plaza de Puebla, y comprendiendo toda la importancia que había en impedir que la expresada plaza cayera en poder de las fuerzas republicanas, no vaciló un momento, y á la cabeza de una respetable división de las tres armas, se dirigió á marchas forzadas contra aquel caudillo de la República para obligarle á levantar el sitio y consumar su derrota, en combinación con las fuerzas imperialistas de la plaza. El Sr. General Díaz, cuyos inteligentes exploradores lo tenían constantemente al tanto hasta de los menores movimien-

tos del enemigo, supo con oportunidad la violenta marcha de Márquez; comprendió toda la gravedad de su situación, y en consecuencia, obró con la decisión y actividad que en estos casos prescribe el arte. Si levantaba prontamente el campo para salir al encuentro de su enemigo exterior y presentarle una batalla campal, corría el inmenso peligro de encontrarse entre dos fuegos en los momentos decisivos; pues era evidente que las tropas de la plaza saldrían sobre su retaguardia y tomarían toda clase de precauciones para no empeñarse con las fuerzas republicanas, sino en el momento oportuno de la batalla general. Si se decidía simplemente á levantar el sitio y emprender la retirada, no habría logrado otra cosa que desanimar á sus soldados, sembrando el desaliento en sus corazones y haciendo estériles sus sacrificios en favor de la República; mientras que el enemigo, haciendo su incorporación con las fuerzas de la plaza, organizaría un fuerte cuerpo de ejército y destruyendo al republicano, hubiera podido volver á prestar un auxilio eficaz al atribulado Maximiliano y su sitiado ejército.

\* \* \*

“No quedaba, pues, al caudillo de la República más que el recurso de dar prontamente un enérgico y brusco asalto á la plaza; pues cayendo ésta en su poder, antes de que Márquez le abordara, no sólo cambiaba por completo la faz de la cuestión y se aseguraba la victoria de las armas republicanas por todas partes, sino que volviendo con rapidez contra Márquez, y destruyéndolo, hacía imposible todo auxilio á los sitiados de Querétaro. El 1º de Abril, fecha en que ya Márquez sólo distaba tres jornadas de la plaza, el Sr. General Díaz expidió las órdenes respectivas para dar el asalto en la madrugada del 2.

“La operación fué ordenada de la manera siguiente:

“Sabido perfectamente que en la guerra de calles, las fuertes columnas de ataque, sobre experimentar mayores pérdidas, son más susceptibles de desordenarse que las de poca fuerza, organizó trece columnas de ataque compuestas de 80 á 120 hombres cada una y á las órdenes de los valientes republicanos Cravioto, Carreón, G. Rodríguez, Márquez Galindo, D. Acuña, Vázquez, Mier y Terán, Enríquez, Carbó, Pacheco, C. Bonilla, Andrade y León. Estas fracciones tenían que emprender el asalto simultáneo sobre todo el perímetro fortificado de la plaza, con excepción de las fortificaciones del Carmen, sobre cuyo punto iban á ser dirigidas otras tres columnas de reserva fuertes de 300 hombres cada una y á las órdenes de los Jefes Luis P. Figueroa, Pinzón y M. Figueroa, con el único objeto de llamar fuertemente la atención, por medio de un rudo, pero no decisivo ataque, á fin de atraer á dicho punto todas las reservas de la plaza, dando así mayor probabilidad de buen éxito á las verdaderas columnas de ataque.

“Era tal la falta de municiones de las tropas republicanas, que el General en Jefe se vió obligado á recoger todos los cartuchos de la caballería, para poder completar á la infantería una media dotación de combate. De acuerdo con esta disposición, todos los jefes de columnas recordaron á sus valientes soldados que poseían una bayoneta, recomendándoles que sólo hicieran uso de su fuego á quema ropa ó cuando el enemigo volteara caras, y que debían marchar con el arma embrazada y sin disparar, hasta transponer los fosos y escalar los parapetos.

“Los soldados de las columnas iban provistos, unos con los útiles de zapa necesarios para allanar cualquier obstáculo que se presentara, y otros con costales rehenchidos de paja, pues no había habido tiempo ni material necesario para la construcción de faginas con objeto de llenar los fosos y pasar á la berma de los parapetos.

“Estando cubiertas todas las clases y habiéndose presentando al Sr. General Díaz, con anterioridad, multitud de jefes y oficiales deseosos de servir á la patria, supo utilizarlos en la importante operación que iba á verificarse; los dividió en tantos grupos, cuantas columnas de ataque se habían organizado, con la orden terminante de que cada grupo marchase á retaguardia de cada columna, sin permitir bajo ningún pretexto, que se rezagara soldado alguno ó esquivare el combate, que después de la victoria y bajo su más estrecha responsabilidad, se consagrasen á reprimir cualquier síntoma de desorden, y por último, que no permitieran que se apartaran los soldados de su columna respectiva.

\* \*

“Tomadas estas disposiciones y aprovechándose de la oscuridad de la noche, las columnas emprendieron su marcha con el mayor orden y sigilo, para ir á establecerse lo más cerca posible y sin ser sentidas, frente á los objetivos que tenían designados, esperando sólo la señal, que ya en esos momentos todos conocían, para dar el asalto.

“Estas columnas destacaron á su vez pequeños grupos de tiradores, que obrando con la mayor precaución y marchando con el mayor silencio, se apostaron en las alturas de derecha á izquierda, tanto para proteger los flancos de su respectiva columna, como para dominar con sus fuegos al parapeto atacado.

“El General en Jefe había dispuesto que sobre la cumbre del cerro de San Juan se construyera un alto maderamen revestido por todas partes de lienzo y estopas bien empapadas de petróleo y que á su pie se estableciera un jefe, con la misión de encenderlo en el momento que escuchase tres puntos agudos de algunos cornetas que, desde el General en Jefe, se escalonaron hasta el pie del cerro de San Juan.

“Serían las dos de la mañana cuando las columnas encargadas de llamar la atención por el lado del Carmen, abrieron su fuego de fu-

silería, prorrumpiendo en ruidosos gritos de guerra que daban á entender á los sitiados tener encima un ataque real. En efecto, el fuego de éstos se nutría más y más y la línea de tiros se iba extendiendo poco á poco por todos los parapetos, azoteas, balcones y ventanas vecinas del punto atacado, lo cual hacía ver claramente que todas las reservas enemigas entraban sucesivamente en línea. En el resto del perímetro fortificado de la plaza, reinaba el más profundo silencio, y sólo de los fuertes de Loreto y Guadalupe, ocupados por destacamentos de la plaza, salían de cuando en cuando algunos cohetes como mútuas señales. Persuadido el General en Jefe, por lo nutridísimo y extenso de los fuegos del Carmen, de que el enemigo había empeñado todas sus reservas, mandó tocar los tres puntos agudos de que hemos hablado, y al momento apareció una pequeña luz en la cima del cerro de San Juan, que creciendo con la rapidez de la pólvora, se transformó en una inmensa llama cuyos rojos reflejos, al proyectarse sobre la ciudad, le dieron el aspecto de un incendio. Instantáneamente y como por encanto, se escucharon mil gritos de guerra y un nutridísimo fuego de fusilería estalló en todo el perímetro fortificado de la plaza, mezclándose á él, poco después, el ronco estallido de los cañones. En pocos momentos quedó la ciudad como envuelta en una espesa nube de humo y de polvo: el primero, causado por el vivísimo fuego, y el segundo, por el choque de las innumerables balas y metralla que rebotando de acera á acera á lo largo de las calles enfiladas, iban á terminar su irregular trayectoria hasta los suburbios.

“De la ciudad sólo se distinguían las cúspides de las torres, semejando á un archipiélago de pequeños islotes batidos por las furiosas olas de un mar agitado por la tempestad.....

\* \*

“La encarnizada lucha se prolongaba, y los pacíficos habitantes de la ciudad, relegándose hasta lo más oculto de sus habitaciones, escuchaban amedrentados tan tremendo ruido. Era un cataclismo de guerra que anunciaba el nacimiento de una nueva era política, de igual manera que los cataclismos geológicos anuncian una nueva transformación en parte de la superficie terrestre. Ese conjunto de gritos, del pavoroso silbido de los proyectiles y del fragor de todas las armas, era como el estertor del moribundo imperio. Pero repentinamente, sin cesar de tronar la fusilería, guardan sombrío silencio los cañones, y el que hubiera presenciado aquel espectáculo desde el zenit de la ciudad, habría observado que el círculo de luz producido por los fuegos de los contendientes, se reducía poco á poco y con la mayor uniformidad, á menor diámetro: era que los parapetos habían sido tomados, aunque á costa de la sangre generosa de muchos de nuestros valientes soldados, pues los sitiados, no menos bravos, se defendían palmo á palmo, y al replegarse al centro de la

plaza hacían alto en cada calle, en cada esquina y en cada encrucijada, para renovar la resistencia y aun para intentar vigorosas vueltas ofensivas, que á pesar de su desesperada energía, tenían que fracasar ante los intrépidos soldados de la República.

“Por fin, la defensa quedó concentrada á la Plaza de Armas de la ciudad, donde se habían replegado la mayor parte de las fuerzas imperialistas, pues el resto de las que no habían sucumbido en la lucha, había caído prisionera de guerra ó había huído en dirección de los fuertes de Guadalupe y Loreto en busca de su salvación.

“La caballería, entretanto, formada en columna por escuadrones en los puntos estratégicos más convenientes, se mantenía serena y sombría, esperando el caso, nada probable pero sí verosímil, de un revés para proteger la retirada de las tropas rechazadas.

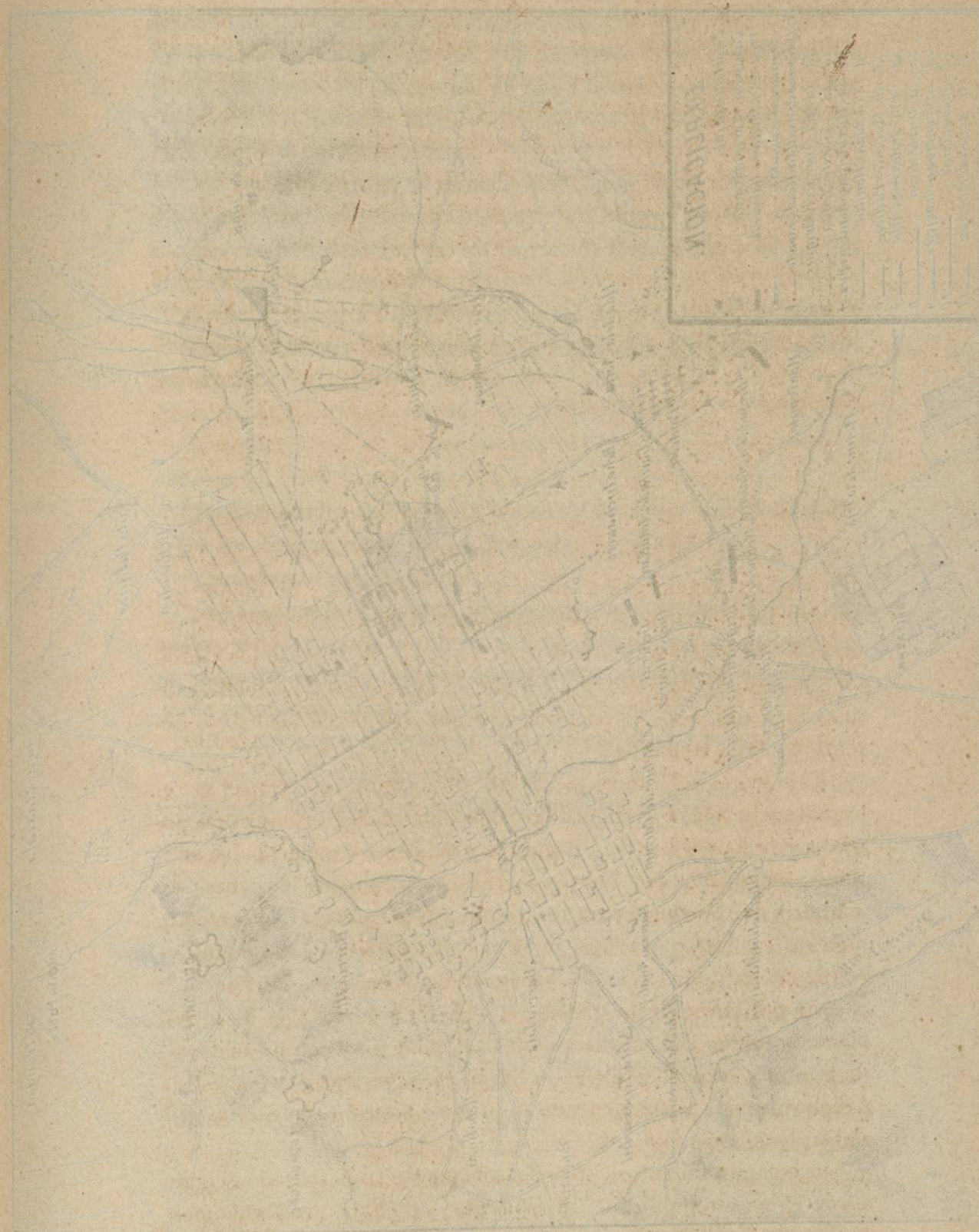
“Fastidiado el General en Jefe de la prolongada resistencia, toma gran parte de las reservas que simulaban un ataque al Carmen, refuerza prontamente con ella á las tropas asaltantes, las electriza con su presencia, y todas, con el más vigoroso impulso, vencen la última resistencia de los imperialistas.

“El día comienza á despuntar y sus primeras luces se reflejan sobre las armas victoriosas de la República. Mil gritos atronadores de victoria resuenan por todas partes, á cuyos ecos y al repique general de las campanas, se preguntan entre sí los asombrados habitantes..... ¿de quién será la victoria?..... ¡Ah! El Dios de los ejércitos sólo concede la victoria á los que se consagran á la defensa de una causa santa..... La victoria no podía ser sino de los bravos defensores de la República.

“El General en Jefe no pierde un solo instante, sus tropas se reorganizan y toman un ligero descanso para proseguir sus operaciones contra los fuertes de Guadalupe y de Loreto, mientras los artilleros, secundados por fuertes faginas, retiran todas las piezas de artillería del enemigo para formar un parque general. En efecto, algunos instantes después, mientras una parte de las fuerzas se ocupa en levantar el campo, asegurar los prisioneros de guerra y ocupar militarmente la ciudad, la otra, bien provista ya de municiones tomadas del parque general del enemigo y con un material de guerra escogido, se dirige activamente á practicar la embestida á dichos fuertes y establecer en su primera posición las baterías que deben bombardearlos.

“El comportamiento de los jefes, oficiales y tropa de todo el cuerpo de ejército republicano fué brillante; y no hubo un solo momento durante la lucha, á pesar de la enérgica resistencia de los imperialistas, en que hubiera podido ponerse en duda el resultado de la operación.

“Las pérdidas consistieron en un jefe, siete oficiales y 246 indi-



BIBLIOTECA NACIONAL DE GUATEMALA